



El Mosaico Cósmico de Mérida

3

PRESENTE Y FUTURO DE LAS RELIGIONES DEL MEDITERRÁNEO

Francisco Díez de Velasco
Catedrático de Historia de las Religiones
Universidad de La Laguna

Pensar el futuro es una maniobra compleja, que requiere aventurar análisis que pueden ser superados por la realidad de modo muy rápido. Esta indeterminación lleva a que la perspectiva, es decir el intento de mirar hacia las brumas del futuro, no con las certezas descabelladas del adivino, sino con los instrumentos (quizá no menos descabellados) de la lógica (histórica, si tal puede existir o ser desentrañada), resulte muy fácilmente criticable. En este trabajo intentaremos detectar tendencias de largo plazo para acercarnos, por medio de pinceladas, a un futuro que no podemos menos que afirmar, en principio, como sustancialmente imprevisible, en mayor medida quizá en lo que respecta al complejo, ancestral y abigarrado mundo de las religiones.

3.1. EL PRESENTE Y EL FUTURO DESDE LA MIRADA DEL PASADO: RELIGIONES EN CONVIVENCIA Y ENFRENTAMIENTO EN EL MEDITERRÁNEO COMO PREMISA Y REFLEXIÓN

Lanzar una mirada de reojo al pasado nos permite ubicar mejor el presente, es quizá una de las grandes lecciones de la historia y botón de muestra de su utilidad social. Nos permite desentrañar largas duraciones, vislumbrar con otras perspectivas el carácter fronterizo y permeable del ámbito mediterráneo. Más allá de los conflictos del pre-

sente entre orillas ricas y pobres, zonas de violencia y paz, modelos de convergencia identitaria y de globalización, en la mirada larga de la historia el Mediterráneo se nos muestra como un lugar de intersecciones: de continentes, de culturas, de religiones; desde siempre, desde las primeras migraciones de homínidos hasta los múltiples flujos de la inmigración del presente.

Cuna de multiplicidad de religiones, justamente el mundo complejo de las creencias en convergencia, convivencia y conflicto serán las líneas por las que derivaremos una reflexión que busca ofrecer argumentos para intentar comprender el ámbito mediterráneo con los ojos puestos en el futuro.

Y justamente lo que nos ofrece el presente es un espacio dividido, fragmentado en países, en religiones diferentes, en identidades compuestas desde la multiplicidad, por lo que si queremos pensar el futuro de otra manera tendremos que referirnos a un pasado en el que las cosas fueran de otro modo.

Hay que referirse pues al único momento en el que el Mediterráneo estuvo unificado políticamente, convirtiendo al *Mare Nostrum* en un proyecto de un mar de identidad. Un proyecto político de estabilidad, paz, prosperidad, de plenitud de los intercambios, de apertura mercantil, algo que, desde luego, nos resulta extremadamente actual.

Pero también se trató de un proyecto con un trasfondo religioso. Para acercarnos en una imagen la complejidad del universo simbólico puesto en marcha en esa época, que ofreció al ámbito mediterráneo un proyecto de paz continuada como no tuvo en ningún otro momento de la historia, tomaremos como ejemplo una pieza arqueológica excepcional, que puede resultar muy ilustrativa y acercarnos a los conceptos de una remota sociedad de la que nos separan casi dos milenios, por la fuerza e inmediatez de lo icónico en un mundo caracterizado por la supremacía de la imagen como es el nuestro.

Se trata del denominado mosaico cosmológico o cósmico, encontrado en la Casa del Mitreo de Mérida. La parte superior la pueblan personificaciones sobrenaturales que ilustran una promesa de perfección e inmutabilidad: Saeculum (que refiere al poder del tiempo, pero también a la posibilidad de que el tiempo sea perfecto: el *Saeculum Aureum*), Polum (el polo, eje cósmico que ilustra la perfecta estabilidad), Chaos (la fuerza de la destrucción pero que se halla controlada, desactivada en esta imagen). ¿En manos de quién está el poder de guardar el orden que simbolizan estas abstracciones?: justamente en las de los gobernantes del mundo romano, sus emperadores. Hasta el momento

parecería que la religión es tangencial en esta argumentación, limitada a expresar conceptos, a vehicular principios políticos, pero hemos de recordar que los emperadores romanos legítimos eran hijos de dioses, convertidos a su vez en dioses cuando les llegase la muerte (entendida como una apoteosis).

Gobernado imaginariamente por seres divinos, el Mediterráneo, y en general el mar como ámbito (que es lo que se representa en el mosaico), tiene su plena ilustración en la parte inferior del monumento, en una promesa de prosperidad, de apertura, de riqueza. Estos conceptos se simbolizan como principios sobrenaturales: Navigia (la navegación, es decir las rutas del intercambio), Portus (el puerto, es decir refugio y mercado), Pharos (el faro, es decir la lumbrera que marca el destino, que ordena y humaniza los recodos infinitos del mar). Pero también presiden este mundo marino Copiae (la abundancia, ese anhelo que simboliza en la Tierra la perfección celeste del fin de toda estrechez) o Tranquillitas (la tranquilidad, compendio de todo lo anterior, que promete una vida sin sobresaltos).

Sólo hemos revisado algunas de las figuras sobrenaturales, personificaciones que pueblan este fascinante mosaico, pero parecen vehicular un lenguaje sin tiempo, que casi podríamos aplicarnos nosotros, sedante, salvedad hecha de que en Roma hay una pieza clave, la que quizá falta personificada en la parte desaparecida del mosaico: el emperador como garante de esta época dorada. Pero a su vez el emperador era *dominus*, señor, con lo que sus súbditos quedarían empequeñecidos: paz por sumisión, prosperidad por libertad, un programa que justamente nos lleva a argumentar de cara al futuro, a la hora de pensar el Mediterráneo, necesariamente de otro modo, lejos del falaz atractivo de la tiranía (y de la religión configurada al servicio del poder).

Yendo más allá de las fuertes implicaciones simbólicas de la imagen que presenta el mosaico de Mérida, pensar la unidad mediterránea romana requiere recordar que si bien se basó en la unión política, en la casi general aceptación de una lengua vehicular (otro de los grandes retos de nuestra actualidad y de nuestro futuro), en la construcción de una convergencia económica (podríamos hablar incluso de una primera globalización), se caracterizó por acotar un espacio, limitar, hacer *limes* (dejando fuera, por ejemplo a Canarias), excluyendo a los tenidos por bárbaros, alienándolos, separando un dentro y un fuera, periferia y centro, otra mala lección de futuro si de la historia queremos extraer gobernanza.

Y en lo que se refiere al tema que centra nuestra reflexión, este mundo unido en torno al *Mare Nostrum* se caracterizó justamente por carecer de unidad religiosa, aunque parece que se significó por el hecho de basarse en la plena convivencia religiosa, casi convertida en un tópico: el modelo de respeto romano por las diferentes religiones. Habría que plantearse, para pensar el futuro de las religiones del Mediterráneo, si esta situación de pleno respeto fue efectivamente así, y por tanto si la historia ofrece un ejemplo claro y tan remoto en el que la convivencia religiosa se pudo construir al margen del conflicto (otro anhelo de nuestro presente).

Para pensar este tema hay que caracterizar al modelo romano, no en la estabilidad imperial que reflejaba el mosaico de Mérida, sino en la plena construcción de un sistema expansivo militar, político y económico. En este contexto, para los romanos la religión era un modo más de potenciar el cambio social e ideológico desde estructuras prerromanas a romanas generando un lenguaje lo suficientemente común y sobre todo limando lo que podía resultar contrario a sus intereses y el modelo cívico y abierto que implantaban. De tal modo que, justamente, no toleraron religiones que enfrentaran sus modelos de privilegio y poder (cultos guerreros, cultos de identidad de elite, etc.). Efectivamente el sistema de conquista romano funcionó por acumulación y asimilación, también en lo religioso: por medio de la *interpretatio* (acercar los dioses de las poblaciones no romanas a los modelos divinos romanos) y la *evocatio* (un sistema ritual por medio del cual, antes de una batalla se ganaban a los dioses de los enemigos al prometerles aceptarlos entre los dioses romanos). Pero también por medio de la persecución (que caracterizó, por ejemplo, esporádicamente, las relaciones con los cristianos, o la que se dirigió contra los druidas) y el genocidio (que ejemplifican las guerras judaicas, que acabaron con el templo judío, su capital y su tierra ancestral).

Roma, por tanto, en la perspectiva de pensar el futuro del Mediterráneo, ofrece un atractivo espejo de unidad, pero marcado por unas deformaciones que impiden que lo pensemos como un ejemplo (lo que no nos impide, justamente, reflexionar como hemos estado haciendo, sobre el valor contraejemplar que pudiera tener).

De todos modos el dilatado caso del control romano ofrece otros dos modelos religiosos que nos pueden servir para pensar el futuro, y que corresponden al momento en el que el cristianismo dejó de ser perseguido y terminó transformándose en religión oficial.

El primero representa un reto notable, pues convirtió al Mediterráneo bajo el poder del emperador Constantino en un ámbito, por lo menos desde el punto de vista legal, de libertad religiosa. El edicto de Milán del año 313, presenta una enorme actualidad, salvo en su comienzo (en el que es el emperador el que habla y las leyes actúan como un dictado suyo, a diferencia de los sistemas de la modernidad en los que el pueblo soberano es el que dicta las leyes): «Hemos tomado la decisión de que no se niegue a nadie la libertad de seguir la religión que haya escogido, ya sea la cristiana o cualquier otra».

La libertad religiosa como reto resulta todavía en nuestra convulsa actualidad, en algunos aspectos, una apuesta de futuro en el ámbito mediterráneo, y la aceptación plena del derecho a escoger la religión que se desee profesar no se ha vuelto a alcanzar en algunos países.

Pero este modelo tuvo una corta existencia: con el emperador Teodosio, entre 380 y 391, la libertad religiosa desapareció, sólo el cristianismo quedó como religión oficial, con tendencia a la exclusividad, lo que, por ejemplo, se materializó en la destrucción de los templos de la antigua religión de Roma, con la desaparición de sus ritos y sus sacerdocios. Habrá que esperar, por ejemplo, hasta el concilio Vaticano II (y en especial sus declaraciones *Dignitatis Humanae* y *Nostra Aetate* de 1965), para que la confesión cristiana mayoritaria (en tantos aspectos sucesora de los modelos imperiales romanos), el catolicismo, renuncie a la veleidad de exclusividad y acepte la libertad religiosa como un valor por el que apostar, un camino que resulta clave a la hora de pensar el futuro de las religiones en el ámbito que estudiamos.

Tras Teodosio y durante siglos, el Mediterráneo tendrá unidad religiosa, vertebrada en torno al cristianismo (aunque dividido), pero, a la par, se fragmentó la unidad política con la división imperial entre Oriente y Occidente y la disolución del imperio romano de Occidente.

A comienzos del siglo VIII, además, los árabes, portando una nueva religión, controlaban desde la península Ibérica al norte de la India: el Mediterráneo perdía mucho de su carácter central a escala eurasiática y quedaba dividido en un norte y un sur desde el punto de vista religioso, cristianismo frente a islam, que con cambios y modificaciones perdura hasta nuestro presente y delimita cualquier perspectiva de futuro. El Mediterráneo no recuperará el lugar central a nivel global que tuvo en la antigüedad en ningún momento de la historia posterior, las divisiones lo convertirán en un ámbito sin coherencia, y quizá un reto de futuro importante sea justamente que esta situación cambie. Por-

que, además de la división en lo político y lo religioso, en la historia posterior destaca la sistemática presencia del conflicto, con épocas de fuertes enfrentamientos (conquista árabe, cruzadas, guerras entre otomanos y occidentales, guerras coloniales), aunque no se puede desdenar tampoco la existencia de zonas y épocas de tolerancia y convivencia entre islam, cristianismo y también un minoritario y disperso judaísmo.

Desde el punto de vista de las hegemonías, de todos modos, la balanza a final del Medievo parecía decantarse a favor del islam, así, en 1453 se produce el final del imperio romano de Oriente con la toma por los turcos otomanos de Constantinopla y el avance en los Balcanes, y el centro de Europa. Todo el Mediterráneo oriental y meridional es musulmán. El cristianismo oriental (bizantino y de otros tipos) perdió sus territorios mediterráneos quedando reducidos sus seguidores a meras minorías (que todavía perduran).

Así, el cristianismo a mediados del siglo XV aparece como una religión arrinconada en un pequeño espacio del mundo, que ni siquiera incluye todo el ámbito mediterráneo. Visto desde la perspectiva de las magnitudes globales (siempre que este tipo de cálculos teóricos se entiendan como un ejercicio de aproximación en épocas preestadísticas), hasta el siglo XII la religión con mayor número de seguidores fue el budismo, desde el XII a comienzos del XVI lo fue el islam, y lo interesante para entender el presente es el notable vuelco que produjo el siglo XVI, y que de todos modos se hizo al margen del Mediterráneo, y que llevó, a escala global, a la marginalización aún mayor de este mar, empequeñecido tras la deslumbrante apertura hacia océanos tan enormes y cargados de posibilidades como el Atlántico o el Pacífico.

Desde el XVI el cristianismo, la milenaria religión universalista nacida a orillas del Mediterráneo, se convertirá en la religión con mayor número de seguidores, como consecuencia del estallido de los marcos de Europa, primero del salto de las potencias ibéricas fuera del Mediterráneo, y el avance (y cristianización) de África y Asia (por Portugal y luego España) y de América (por España y Portugal).

Hay que añadir una fecha simbólica: 1492, la toma por parte de los monarcas cristianos del último reino peninsular musulmán; con la cristianización de Granada se produjo el establecimiento de una frontera religiosa de larga duración en el Estrecho de Gibraltar, que perdura hasta hoy y que resulta un fuerte reto de futuro, una frontera religiosa, cultural y simbólica caracterizada, en general, por una cierta estabilidad, en particular si la comparamos con la frontera oriental.

Por su parte, la expansión otomana quedó parada ante Viena, por el norte y en Lepanto (1571) en la disputa por el control del Mediterráneo. Se generaba un difícil equilibrio entre potencias con religiones diferentes, aunque la enormidad del califato otomano, que contenía en su interior cientos de grupos étnicos con múltiples modos diferentes de vivir las creencias, se caracterizó (necesariamente) por la diversidad religiosa (con la hegemonía de una mayoría musulmana frente a minorías muy diferentes).

Por el contrario en el mundo cristiano los valores de la diversidad religiosa fueron mucho menos apreciados, la ruptura del cristianismo que potenció la Reforma se saldó, tras conflictos, persecuciones y violencia, en la conversión del Mediterráneo occidental en un mar católico, donde el protestantismo no pudo prosperar.

El mapa religioso sobre el que tendríamos que pensar el presente y figurar el futuro sería éste que acabamos de esbozar si no se hubiera producido un fenómeno que ha trastocado los parámetros del papel de la religión en el modo de entender el mundo, las convivencias y los conflictos. Se trata de la modernidad, que rompe los modelos tradicionales de legitimidad del poder político, del poder económico, del poder simbólico, y que ha redefinido el papel de las religiones como señas de identidad colectivas estableciendo los nacionalismos como modelos identitarios colectivos políticos que, desde luego (y por definición) compaginan mal, por ejemplo, con el modelo califal (teórico) islámico, lo mismo que con los modelos teocráticos cristianos.

La religión para la modernidad ha de separarse de la política, no puede caracterizar la práctica del poder. Nunca hasta este momento se había planteado un reto tan sistemático de desocialización de la religión, que las triunfantes sociedades industriales convertirán en ley y por tanto en práctica colectiva. En el ámbito mediterráneo será Francia la diseminadora de este modelo, pero las rivalidades entre las diversas potencias industriales convertirán al Mediterráneo, además, en un ámbito de disputa y reparto. La industrialización dio a estos países una capacidad de control, agresión y dominio que se materializó en la expansión colonial, que puso la orilla musulmana del Mediterráneo bajo la tutela y el control de potencias cristianas: tomaron posesión del norte de África y de buena parte de los territorios sobre los que el imperio otomano en repliegue, había perdido progresivamente el control.

El final del colonialismo, a mediados del siglo XIX, configura el presente de un Mediterráneo fragmentado políticamente y dividido desde el punto de vista religioso que presenta conflictos abiertos y que es necesario revisar para intentar consolidar algunas perspectivas de futuro.

3.2. DEL PRESENTE HACIA EL FUTURO: ESBOZO DE UNA SOCIOGEOGRAFÍA DE LAS RELIGIONES EN EL MEDITERRÁNEO

La rápida presentación histórica que acabamos de esbozar nos ha dejado un Mediterráneo muy dividido en un contexto mundial en el que la tendencia creciente es la de configurar grandes conjuntos supranacionales que se construyan desde puntos de anclaje económicos, políticos, simbólicos e identitarios comunes. Revisaremos a lo largo de las orillas del Mediterráneo (empezando desde el sudeste y cerrando el arco, justamente en la frontera estable de la que hablamos que configura el estrecho de Gibraltar) los grandes ámbitos actuales desde la perspectiva de las características religiosas que los definen, para avanzar si la religión puede ser un freno (o no) a la constitución de conjuntos supranacionales en la zona.

a) Los ámbitos de homogeneidad: el islam magrebí (de Marruecos a Libia)

El islam magrebí es uno de los ámbitos de mayor homogeneidad religiosa a nivel global, los porcentajes de la población que se afilia al islam sunita se acercan al 100%, las minorías resultan menos que testimoniales. Nos ofrece una imagen nítida de un islam sociológico caracterizado como religión oficial, que identifica a los nacionales con la adscripción religiosa única (un modelo que para los españoles no resulta ajeno, pues caracterizó al nacional-catolicismo). Se caracteriza por la fuerza de la presión social sobre las opciones personales y conductas, que han de adecuarse al comportamiento estimado correcto según un sistema de valores en el que la religión (también en cuanto tradición) tiene un peso notable.

Si usamos como ejemplo a España, podemos plantear que este tipo de oficialización de la religión es rápidamente susceptible de transformarse cuando desaparecen las presiones sociales si el marco jurídico y social se modifica.

En cualquier caso la diversidad religiosa en todos estos países es mínima (con minorías inferiores al 1%) e incluso ha descendido respecto del pasado. Antes de la instauración del Estado de Israel y las guerras árabe-israelíes había un número notable de población judía (que superaba el 1%) en todo el área magrebí, que fue marchándose. Por otra parte el impacto de las religiones de las potencias coloniales que dominaron sobre estos territorios (Francia, España o Italia) ha sido

mínimo tras la descolonización, y hay que añadir que el proselitismo de los cristianismos independientes es muy reducido, así, por ejemplo no se computan, más que de modo anecdótico, Testigos de Jehová (uno de los grupos misioneros más persistentes) en la zona.

La fuerza identitaria del islam oficial que caracteriza el mundo magrebí ha de ser tenida en cuenta en una perspectiva de futuro que imagine la construcción de entidades supranacionales que han de ser necesariamente multirreligiosas: la experiencia de la diversidad religiosa no es aquí una práctica social común.

b) El mosaico levantino (de Egipto a Turquía): mayorías y minorías religiosas y el impacto del Estado de Israel

Frente al mundo magrebí, el mundo levantino se caracteriza justamente por la diversidad religiosa, la existencia de minorías importantes, incluso desde época preislámica (por ejemplo los cristianos coptos se acercan al 10% de la población de Egipto). También es de destacar la diversidad de opciones islámicas en la zona (en el Líbano, por ejemplo hay más chiitas que sunitas). La convivencia de diferentes sensibilidades religiosas es por tanto centenaria e incluso milenaria y fue garantizada durante siglos por el imperio otomano, por tanto, en principio, los valores identitarios exclusivistas de la religión podrían entenderse de un modo distinto que en el vecino ámbito magrebí.

Pero la zona levantina presenta una especial sensibilidad, que sitúa la religión en pleno centro de la violencia, la política y la geoestrategia. A la par que el Levante ha sido patria de grandes pensadores del modernismo islámico (como el egipcio Muhammad Abduh o el libanés Rashid Rida), a la par que Turquía ha sido el laboratorio de un modelo de adaptación de la modernidad (tras las leyes desislamizadoras de Atatürk), también ha sido el lugar en el que se ha sistematizado por primera vez el pensamiento fundamentalista (en 1928 Hasán al Banna fundó en Egipto la Sociedad de los Hermanos Musulmanes) y se han llevado a la práctica buen número de las acciones más simbólicas del islamismo.

El Levante, además, mitigado ya el terrible enfrentamiento del Líbano, mantiene uno de los conflictos geoestratégicos clave en nuestro mundo global, el que tiene quizá el significado simbólico más poderoso porque su solución sería la vía de desmontar muchos otros. Sin banalizar las causas (múltiples y demasiado complejas para esbozarlas en esta aproximación sintética) del conflicto planteado por la instauración del estado de Israel, y su historia posterior, en el panorama que estamos planteando, en el último medio siglo se ha consolidado un

estado nacional con el judaísmo como religión oficial, que aglutina a casi el 40% de la población judía mundial, casi cinco millones de judíos, mayoritarios en una zona en la que 75 años antes no llegaban a formar una minoría de 100.000 personas. La posibilidad de una solución de compromiso en lo relativo a este conflicto es quizá la perspectiva de futuro más interesante a tener en cuenta a la hora de pensar las religiones en el Mediterráneo de los años venideros.

c) La múltiple frontera balcánica: religiones, identidades y conflictos

Hasta ahora, salvo el caso de la configuración de Israel como estado judío, los territorios que hemos revisado se caracterizaban por la preeminencia religiosa del islam. La zona que hemos ahora de revisar se caracteriza por haber sido (y seguir siendo) una frontera entre religiones. A falta de un estrecho de Gibraltar, la tierra de los Balcanes actuó como centro sobre el que convergieron religiones y modelos de entender el mundo (algunos, como el comunista, de carácter no religioso o incluso anti-religioso).

El repliegue del imperio otomano en tierras europeas dejó una multiplicidad religiosa: el islam había permeado en territorios como Albania o Bosnia, la ortodoxia era la forma mayoritaria del cristianismo en la zona, pero la influencia de Austria y del catolicismo eran mayoritarias en Croacia o Eslovenia. Religiones que habían convivido durante siglos se convirtieron en adscripciones clave a la hora de construir una identidad, sobre todo donde otros criterios podían ser menos evidentes (las diferencias culturales entre serbios y croatas, por ejemplo, resultarían mucho menos evidentes sin el añadido de la diferencia religiosa). La limpieza étnica o los movimientos forzados de población (que por otra parte se habían producido ya en la guerra entre Grecia y Turquía de 1919) se mostraron como una senda políticamente aceptable por parte de dirigentes políticos de Yugoslavia, antiguos comunistas (presumiblemente ateos), que veían que tras la caída de los comunismos en toda Europa oriental, el poder podía escaparse de sus manos. Las rivalidades de elites utilizaron el nacionalismo como bandera y la religión como seña de identidad a la hora de desencadenar el último (y todavía no plenamente resuelto) conflicto violento europeo. Un conflicto que en la perspectiva de futuro ha de servirnos para construir algunos argumentos. El principal es que el papel de las religiones en el futuro del Mediterráneo no puede ser el de rehén o de servir de excusa o detonador de conflictos del tipo que sean.

La oficialización de la religión, la etnización de las creencias, el uso político de las mismas como ingrediente en la legitimidad de los gobernantes y la práctica del poder no es una perspectiva de futuro halagüeña. Pero tampoco puede ser opción aceptable anular los valores sociales de la religión, máxime si tenemos en cuenta que en el laboratorio balcánico que fue la Albania comunista se optó por un modelo único en la historia del mundo: la completa anulación de la religión. En 1967 se cerraron los lugares de culto, se puso fuera de la ley la práctica religiosa, la ideología oficial fue un ateísmo radical al que se adhería, por ejemplo en 1985, el 75% de la población y del que hicieron defecación, tras la caída del comunismo, la gran mayoría de sus seguidores.

Las religiones (o irreligiones) oficiales e identitarias excluyentes se nos muestran, pues, como instrumentos muy poco adecuados para una perspectiva de futuro de un Mediterráneo en el que se busque construir un proyecto común coherente. Es quizá la gran lección balcánica.

d) La Europa latina y los ámbitos de la multirreligiosidad

Queda por revisar un cuarto ámbito mediterráneo, el que cierra el arco occidental. Pudiera parecer que la característica más notable de este territorio es el peso muy mayoritario del catolicismo. Tanto en Italia como en Francia o en España el porcentaje de católicos supera el 70%, pero hay que reflejar un hecho notable: el carácter sociológico o formal de esta adscripción en múltiples casos. Los niveles de cumplimiento dominical remontan con dificultad el listón del 15% de los fieles, los porcentajes de sistematicidad en la confesión son testimoniales, la aceptación de ciertas normas morales que defienden los jerarcas católicos (en particular en lo relativo a las estrategias de gestión de la sexualidad y la reproducción) tienen un seguimiento mínimo.

Así el fenómeno más interesante desde una perspectiva de futuro del ámbito latino no es su homogeneidad religiosa, sino justamente la consolidación de modelos sociales de carácter multirreligioso en dicho ámbito. Producto de la modernidad (no olvidemos la importancia de Francia en su configuración) es que la religión no cumple como seña de identidad fuerte, tiende a soterrarse en la transparencia de la vivencia privada, los ritos públicos se valoran en muchas ocasiones en cuanto tienen de *performance* simbólica, de espectáculo cargado de valores tradicionales, pero también de válvula de escape en la monotonía de las sociedades del ocio marcadas por los valores en ocasiones alienantes que vehiculan los *mass media*. Así la vivencia latina ofrece religiones pensadas de modo débil y espacios sociales abiertos a la di-

ferencia, a la inclusión de nuevos cultos, de opciones personales tanto en la conversión como por parte de las poblaciones inmigrantes, uno de los puntos fuertes de las conexiones intermediterráneas desde una perspectiva de futuro de la construcción de religiones transnacionales.

En Francia hay más musulmanes que ateos, por ejemplo (un 5% de la población), en España o Italia los porcentajes de presencia del islam crecen acercándose al 2%. También el marco de igualdad entre religiones (el marco multirreligioso) ha propiciado el crecimiento de opciones cristianas no católicas o la presencia testimonial (pero muy visible) de seguidores de religiones orientales (producto principalmente de conversiones).

Desde este locus multirreligioso será desde el que intentaremos una aproximación más sistemática a los diversos argumentos esgrimidos en las páginas anteriores y que nos incitan a aventurar algunas pinceladas prospectivas en relación con el papel de las religiones en el Mediterráneo.

3.3. LAS DERIVAS DEL FUTURO: IMAGINANDO EL PAPEL DE LAS RELIGIONES EN EL ÁMBITO MEDITERRÁNEO

La prospectiva, por muy científica que se desee (y por mucha estadística y otras vestiduras impresionantes con que se arrope), no deja de ser una labor de riesgo, que generalmente deriva entre la banalidad y la errancia (no hay más que recordar lo inesperado del fin de la guerra fría o las dificultades, mirando un decenio atrás, que han marcado las relaciones, que parecían en vía de solución, entre israelíes y palestinos). Cabe la posibilidad, por tanto, de analizar el futuro desde unas directrices que más reflejen el corazón que otros órganos del pensamiento, que se encardine en el deseo o incluso hasta en el no menos etnocéntrico deber ser.

Por tanto lo que se va a exponer a continuación no puede tenerse más que por ensayo (es decir tentativa), casi como un modelo operativo de pensar incierto.

Lo primero que tendríamos es que reflexionar sobre el papel de las religiones en un marco mediterráneo globalizado y fragmentado. Somos conscientes de que expresamos conceptos antagónicos pero bien certeros de las identidades múltiples que caracterizan nuestro complejo presente: diríamos globalización y comunismo global y local, pero

quizá más claramente (al hablar de religiones) transparencias y fundamentalismos. Son dos extremos en el abanico de posibilidades de futuro. La tendencia global en las sociedades industriales, como hemos visto, parecería ser la de la transformación de la religión en invisibilidad, en inasible vivencia que no se estima adecuado que aflore más allá de la piel, hacia su exterior. Transparencias, por tanto: no podemos distinguir la religión en la vida cotidiana, está desocializada, escamoteada a la vista. Pero esta religión recóndita del humano-máquina, poblador de los sueños futuristas sin creencias religiosas de un Marx o un Freud, ya no parece más que utopía en el mundo postindustrial que nos toca vivir, donde los intersticios de lo social, de lo simbólico, de lo corporal, nos reflejan más frágiles que esa máquina carnal que no necesitaría de los valores de seguridad, identidad, perdurabilidad que ofrece el creer. Un futuro sin religión o con religiones plenamente invisibles no parece que sea una tónica que vaya a permear entre las orillas más descreídas y las más firmemente creyentes del Mediterráneo.

Pero tampoco parece que vayan a campar en dirección contraria los valores de la completa sumisión de lo social total a lo religioso como predicán los fundamentalismos, que pelean contra la penetración de los pensamientos de la globalización y que con cierto éxito defienden las identidades culturales locales vehiculadas por la religión (y no sólo hemos de pensar en la Sociedad de los Hermanos Musulmanes, por ejemplo, sino también en las callejuelas de Mea Shearim: identidades ancestrales tenidas por eternas, por ley de Dios, frente a la modernidad y sus incertidumbres y mutabilidad, como si lo ancestral no fuese tan cambiante y estuviese tan interconectado como lo moderno).

Por el contrario, en este combate entre modelos fuertes: modernidad versus tradición parece que vencerá el mestizaje, vehiculado por los tránsitos de seres humanos entre orillas del Mediterráneo. La inmigración, que del otro lado es emigración y dinamiza y mezcla. El inmigrante tiene una religión diferente, la hace pública, la visibiliza, la convierte en seña de identidad en tanto que minoría cultural en una tierra de cultura diversa. Pero a la par que socializa su religión, cambia el campo religioso de sus anfitriones, que ya no pueden permitirse estimar el creer mero reducto de lo privado (aunque lo intenten, como han hecho en Francia con la prohibición del pañuelo islámico en el ámbito público por excelencia que es la escuela). Pero la religión inmigrante se transforma con la interacción con la sociedad anfitriona, se hace más íntima, pierde su carácter oficial, se hace menos exigible, menos practicada como consecuencia de la presión ambiental. Y esa

vivencia retorna con el emigrante, íncola de dos mundos, que termina tendiendo puentes entre ambos, de ahí la fuerza del mestizaje que éste vehicula, que es de ida y vuelta y a la par de retorno, verano a verano, mutando las ideas a la vez que viajan los ahorros y los bienes de consumo. Identidades que se complejizan y que redimensionan los valores de lo oficial en lo religioso (por lo que de burocratización del creer tiene). Mezcla que conlleva transformación y también convergencia, salvo para las exiguas minorías de los violentos de la religión (cuyos actos, en una proyección de futuro, siempre hay que computar como terribles posibilidades de la que el 11M marcó con fuerza mortífera y también simbólica, la orilla occidental del Mediterráneo). La inmigración nos lleva pues a pensar en la multirreligiosidad como marco convivencial y en los retos de la igualdad entre religiones como línea clara de futuro.

La sociedad postindustrial (postcolonial; postcomunista, postandrocéntrica) presenta una sensibilidad aguda hacia la diferencia y la igualdad (que queda evidente en los problemas de género, por ejemplo), que patentiza la necesidad de una aproximación igualitaria de las diferentes religiones (como punto de vista clave a la hora de pensar una ética global). Esta fuerza de lo igualitario caracteriza la construcción de ámbitos de la multirreligiosidad, donde las religiones no pueden convivir en la mera tolerancia (que puede derivar en momentos de problemas y crisis en intolerancia con sus secuelas de violencia y exclusión del tenido por «otro»), sino en plena igualdad (donde no se puede alterar al diferente, pues la identidad y la alteridad no radican en la religión, apartada de este tipo de lides).

Quizá en este punto prime en la prospectiva el deseo, pero la construcción de ámbitos plenamente multirreligiosos parece resultar una excelente garantía para la desactivación de los peores rostros de los conflictos. La configuración de Israel, Palestina, Bosnia o Kosovo como ámbitos tendentes a la multirreligiosidad, redefiniría identidades y con ellas los argumentos viscerales del odio. Ciertamente asistimos en la actualidad, como vimos en la segunda parte de este trabajo, a un marco diferencial entre las riberas del Mediterráneo en este aspecto, que separa justamente por medio del estrecho de Gibraltar, los ámbitos septentrionales más tendentes a la multirreligiosidad (y donde el creer no resulta argumento fuerte para el desidentificar, y las leyes bien claramente lo pregonan, incluida la agonizante Constitución Europea), de los meridionales, menos tendentes a ella. Pero probablemente, como ya vimos, la fuerza del mestizaje tenderá a potenciar convergencias.

Hablar de multirreligiosidad, desde la óptica positiva que acabamos de plantear no puede hacernos olvidar que los marcos legales igualitarios actúan sobre individuos y comunidades religiosas, que han de aceptar la legitimidad de dichos marcos. La mirada fundamentalista suele renegar de ellos, pero salvo casos muy minoritarios de rechazo tajante, una característica de nuestro mundo actual (que podemos aventurar que perdurará y se afianzará en el futuro) es la tendencia a constituir foros de convergencia entre diferentes religiones. El diálogo interreligioso, tal como por ejemplo se desarrolló en 2004, en una de las ciudades con mayor historia mediterránea, Barcelona, en el seno del IV Parlamento de las Religiones del Mundo, ofrece una senda consolidada aunque no exenta de claroscuros. Los foros interreligiosos se regodean en preciosas y refinadas palabras de concordia y entendimiento, ofrecen la performance abigarrada de magníficos ejercicios de la diferencia, pero con dificultad permean de modo estable las conductas, se abren a la divergencia del no creer (salvo en el terreno de la mera anécdota), producen algo más que un mero diálogo de personalidades, que puede ser intenso pero de influencia muy corta, de carácter angustiosamente repetitivo. La prueba de lo real no parece ofrecer diferencias notables de éxito entre lo que fue el primer Parlamento Mundial de las Religiones del Chicago de hace más de un siglo y del de Barcelona de hace unos meses: la misma concordia, el deseo de teatralizar las diferencias, la superficialidad del impacto de los mensajes (que no consolidan una memoria social), en última instancia.

En una perspectiva de futuro, pese a sus méritos puntuales, el diálogo interreligioso a lo largo de las orillas del Mediterráneo no parece que sea un marco estable para consolidar las relaciones entre religiones (que también tenga en cuenta a los no creyentes). Parece requerirse otro tipo de institución, que arbitre más allá de las diferentes religiones, con veleidades de construcción de un marco convivencial común, de una ética global o ética-mundo (que desde luego supera el Mediterráneo, pues sería una ambición a nivel mundial), que habría de construirse escuchando las voces locales, las opiniones ancestrales vehiculadas por las religiones, pero que habría de conformar una mirada lo menos etnocéntrica y religiocéntrica posible. Este reto a nivel global, quizá el mayor al que se enfrenta nuestro futuro, convierte la prospectiva en un ejercicio de reflexividad que exige una toma de conciencia de lo que no puede seguir cumpliendo la religión, de los errores del pasado, de los agujeros que podría producir en la malla de una ética global coherente.

Es bien cierto, como muestra la historia, que la religión puede actuar como ingrediente en la agudización de los conflictos, pero ha habido momentos y lugares en los que la diferencia no generó conflictos sino riqueza cultural (tanto hoy como en el pasado), la frontera entre modelos simbólicos, culturales, económicos, políticos o religiosos se puede convertir, por tanto, en intersección.

Simplemente hay que mutar la mirada: comprender que la religión en los conflictos violentos no es la causa principal, que es un pretexto para multiplicar el enfrentamiento. Las causas principales son de carácter geoestratégico, económico, etc. De ahí la necesidad de posicionarse contra los análisis sesgados que proponen religiones inaceptables para la convivencia. No hay religión intrínsecamente conflictiva, todas lo son y todas pueden no serlo. Un análisis religiocéntrico y etnocéntrico que estima inaceptables a los diferentes se convierte en parte del problema (sobre todo si alienta las tomas de decisiones por parte de representantes políticos).

Sin duda, lo anterior no puede derivar en una mirada cándida que no tenga en cuenta lo conflictual del ámbito de privilegio y poder de las religiones, de las terribles posibilidades de fractura y violencia que, por ejemplo, pueden vehicular ciertos fundamentalismos.

Pero si se actúa por medio de análisis respetuosos (que no se godeen en un punto de vista macroanalítico, que sólo sea capaz de sensibilizarse hacia los comportamientos extremos), se puede imaginar un futuro diferente al del terrible conflicto multiplicado.

Plantear, como hemos hecho anteriormente, la importancia de la aceptación de la construcción de marcos multirreligiosos (por ejemplo en lo relativo al estatuto de Jerusalén) podría augurar otro tipo de convivencia, un Mediterráneo convertido en un nuevo *Mare Nostrum*, pero no desde la idea (romana) de frontera, de límite religioso impermeable (en el que al diferente sólo se le toleraría), y que requeriría un poder absoluto y tiránico que lo protegiese, por ser marco de inseguridad (se necesitaría pues no pensar el Mediterráneo al margen de otros ámbitos convivenciales de mayor calado).

Tal mirada permitiría pensar de otra manera ese atractivo pero insatisfactorio Mediterráneo unificado con el que comenzamos este trabajo: permitiría redimensionar la lectura fronteriza que nos ha mostrado la historia posterior. Cabría así la posibilidad que, de ámbito fronterizo, como resulta en la actualidad, de ámbito fracturado y trastornado por la violencia (siendo tan ilustrativa la de Kosovo, como la de Jerusalén o la del Madrid del 11 de marzo de 2004) pase a conformar un ámbi-

to cohesionado: el reto de las religiones sería justamente, en última instancia, no entorpecer tal proyecto sirviendo de acicate para cualquier tipo de identidad mortífera.

Orientación bibliográfica

Dada la gran cantidad de problemas y temas que hemos estado tratando en las páginas anteriores una orientación bibliográfica, aunque fuera mínima, tendría que resultar desproporcionada y aún así, necesariamente incompleta. Me permito, por tanto, remitir a los lectores a tres trabajos míos que presentan bibliografías y desarrollan algunos argumentos tratados en este trabajo desde perspectivas más generales (que van más allá del ámbito del Mediterráneo). En *La Historia de las Religiones: métodos y perspectivas*, Madrid, Akal, 2005, se plantean temas como el de la religión combinada con identidad, poder político o violencia, la construcción de una ética global y sus problemas o los valores de la multirreligiosidad en un mundo progresivamente multicultural. En *Introducción a la Historia de las Religiones*, Madrid, Trotta, 3ª ed., 2002, se revisan temas de sociogeografía de las religiones, de multirreligiosidad, y de perspectivas de futuro en lo relativo a la religión a nivel global y se ofrece una visión histórica de las religiones y sus diferencias a nivel mundial, en el presente y en la historia. En *Breve historia de las religiones*, Madrid, Alianza, 2006, se aventura en el capítulo 7 un ensayo más detallado de prospectiva. Este trabajo se ha realizado en el contexto del proyecto de investigación «Metodologías en Historias de las Religiones», MEC/FEDER (BHA 2003-01686).